José Balcázar y Sabariegos.

# HISTORIETAS MANCHEGAS

## COLECCIÓN DE ARTÍCULOS RECREATIVOS.

S.L.C.
19-23

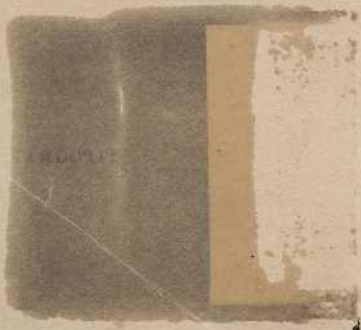
CIUDAD-REAL.

TIPOGRAFÍA DEL HOSPICIO PROVINCIAL.

1891.

R. 1991

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.



21014181

S.L.C.
19-23

# CUATRO PALABRAS AL LECTOR.

Al dejar correr la pluma por las cuartillas pensé desde luego en tu benevolencia, lector, pues hubiera sido un atrevimiento imprudente escribir este libro sin hacerlo.

Demasiado sé que no soy nadie, ni nada valgo, ni nada pretendo valer, pero como las aficiones son *terribles*, hacía tiempo que pensaba escribir, traducir..... mejor dicho, coleccionar varios cuentecillos..... vivitos y *coleando* como diría Parnús, sin más pretensiones que la de ensayarme y enseñarme por aquello de "que por algo se empieza.„

Así pues, acto contínuo, dándome aires de escritor oriental (por lo vehemente) voy á llevar á cabo mi pensamiento, sin encomendarme á Dios ni al diablo, sin tener brújula fija, ni siquiera estrella buena que me guíe.

Con tales antecedentes la cosa debe salir muy mala, como no sea que á última hora la inspiración se decida á visitarme para conferirme sus secretos, en cuyo caso tú habías de alegrarte mucho y yo también.

Pero ya verás como nuestra alegría se quedará á la puerta, porque según dice un señor muy conocido, el año no está de suerte.

Ahora bien, después de hacerte estas observaciones, y contando con tu benevolencia por anticipado, voy á pasar á explicarte lo que más adelante vas á ver para que no te coja de sorpresa.

Tendrás cuentos recreativos, ilusiones de la juventud, consejos de una vieja, tormentos, robos, y de todo, en fin, lo que tú apetezcas.

Esto contando con que sea *él*, que si por casualidad eres *ella* y por lo tanto perteneces al sexo bello, encontrarás... de todo, absolutamente de todo, principalmente amor, mucho amor, desde el platónico hasta el misántropo.

Te daré la clave para buscar marido, si no lo tienes, ó dulzuras de tu consorte si la avispa del matrimonio te hubiera picado ya.

Hallarás alguna poesía, poca, porque no soy poeta, pero

sin embargo á tus oídos llegarán el murmullo de las aguas, el susurro de los vientos, los secretos de las flores y los cánticos sublimes de los pájaros.

Tus hermosos ojos, porque desde luego serán hermosos si eres lectora de las *Historietas manchegas*, serán deslumbrados por ricas piedras preciosas, y hasta de vez en cuando dejarán escapar alguna que otra lágrima de amor, compasión ó lástima.

Si eres soltera, y por añadidura novia, darás ocasión á que el dueño de tu pensamiento se constituya en guarda cantón por algunas horas, y si eres casada dejarás irremisiblemente que se queme el cocido ó el guisado, pues tengo la seguridad, que tanto la una como la otra, si cogeis el libro entre vuestras manos y leis la primera línea, no lo soltareis hasta dar con la palabra FIN.

En resúmen, esto es lo que me propongo escribir, si luego no resulta, la culpa no será mía, sino del adagio que dice: "El hombre propone y Dios dispone.„

Pero así y todo cuento con vuestra benevolencia, queridos lectores, y únicamente os pido, que si por casualidad sale por ahí algún crítico que quiera fiscalizar mi libro, vosotros os constituyais en tribunal sentenciador, y oyendo á las dos partes, no estimeis las agravantes de premeditación y alevosía, y sólo sí la atenuante de haber obrado yo en defensa..... de unas cuantas pesetillas para el bolsillo.

José Balcázar y Sabariegos.

# HISTORIETAS MANCHEGAS

## I.

### La lámpara codiciada.

Tres veces he tomado la pluma para empezar, y otras tantas la he soltado en el pupitre sin conseguir mi objeto.

Tal es el efecto que me causa la historia de *La lámpara codiciada* que me contó anoche una vieja, que une á la blancura de sus cabellos y á los muchos años de edad un talento y gracia extraordinarios.

Sentado en una silla de Vitoria, recostado el codo derecho en una mesa de camilla y descansando la cabeza sobre éste, me hallaba yo cuando entró la vieja de referencia, asustada de la infinidad de agua que las nubes despedían sobre la tierra y de los repetidos relámpagos y truenos que inundaban el espacio, á causa de la tempestad que reinaba en las alturas.

Con voz suplicante y ademanes intranquilos me rogó la

acompañase á rezar el rosario y á decir la conocida oración de

"Santa Bárbara bendita
&., &.....„

Francamente, la súplica no me agradó, porque sabía lo que ella tarda en rezar el rosario y conocía que, por lo menos, dos horas se me iban á ir en tales prácticas piadosas; pero..... ¡he aquí el *pero* del sexo fuerte! ¿qué hombre se opone á los caprichos de una mujer, cuando éstos son justificados?

Ninguno, según mi parecer, á no ser raras y contadas excepciones.

Así es que accedí, aunque de mala gana, pero en cambio del sacrificio que yo iba á realizar por ella, le pedí un favor que la vieja no titubeó en concederme, sin duda para que su súplica no fuese desatendida.

Consistía éste en la descripción exacta de un cuento ó historieta de los muchos que la ilustrada octogenaria sabía de sus antepasados, ó en otro caso alguna aventura real y verdadera de su época.

La vieja, como antes digo, me complació, y terminada que fué la tempestad, alejado el trueno y cesado la lluvia, soltó el rosario y cogiendo la calceta empezó la relación de *La lámpara codiciada*, que según ella fué sucedida y podrían atestiguarlo hoy día los herederos del célebre almacenista de lámparas y velones de Lucena, Tomás Quinseco, que aún conservan el primer apunte que de ella se sacó.

Mirando á la vieja *vis á vis* con rigurosa curiosidad, escuché la historieta precitada, gozando y riéndome para mis adentros de las muecas, guiños y ademanes que hacía la hija de Eva cuando soltaba alguna palabra *gorda* ó antirreligiosa.

Dándome muchos consejos y diciendo palabras incoherentes terminó la historia de *La lámpara codiciada*, que si mal no recuerdo es como sigue:

A principios del siglo XIX existían, *según es sabido*, muy pocas lámparas, porque costaba mucho el hacerlas, y como eran caras de precio, no todos podían permitirse el lujo de disfrutarlas.

Los únicos que las tenían eran los magnates, ricos homes y alguna que otra sociedad de recreo.

Y sucedió lo que sucede siempre en tales casos, que como había pocas eran codiciadas, máxime cuando el orgullo que existía entonces era tanto, que la casa que estaba alumbrada sólo por velones y candilejas se le consideraba como de amos pobres, mientras que en la vivienda que había lámparas se la creía de amos ricos y poderosos.

Por este motivo había familias que, queriendo figurar en la sociedad y no pudiendo comprar lámparas, buscaban la ocasión de sustraerlas ó pedirlas prestadas á sus amigos y á veces á los que no lo eran, ocurriendo con estos sucesos una serie de lios y escenas violentas, censurables por las personas que las cometían.

. . . . . .

Era el 19 de Marzo de 1803. El patrono San José se festejaba en todas partes.

El bullicio y la alegría reinaban cual únicos señores. Hasta la naturaleza daba su asentimiento y prestaba su animación á aquel entusiasmo.

Febo se había vestido con el traje de gala, cuyos finísimos alamares caían sobre la tierra, produciendo el mismo efecto que deslumbrantes piedras preciosas.

Los pepes y pepas, á medida de sus fortunas, se divertían y convidaban con esplendidéz inusitada á sus deudos y parientes.

El *Casino real de Madrid,* aprovechando la presencia de un egregio huésped citó para las diez de la noche á un grandioso baile en sus salones.

Las casas aristocráticas prepararon grandes *soirees y chocolates danzants.*

Hasta los pobres se pasaron el día de *juerga* al son de la guitarra y las castañuelas unos y al del tamboril y la gaita otros.

En fin, todo era alegría y bullicio, todo derroche y entusiasmo, todo animación.

Pero como después de los goces vienen las tristezas, sucedió lo de costumbre, es decir, que al sonar el toque de oraciones todas aquellas fiestas se acabaron y todo el mundo se retiró á sus casas con religioso silencio.

¡Hasta Febo se escondió tras de las negras sombras del manto de la noche!

Las dulzuras de la diversión se habían trocado en amarguras de las tristezas que proporcionan los recuerdos de tiempos mejores. . . . . .

. . . . . .

Eran las diez de la noche.

Desde el toque de oraciones hasta esta hora había pasado un siglo para los invitados al baile del Casino.

La Junta directiva había hecho traer de los jardines de Valencia y Murcia sus mejores flores para obsequiar al sexo bello.

Las victorias, carretelas y *landeau* tenían que formar cola para poder penetrar en la calle Mayor.

Las puertas del Casino se acababan de abrir.

Las luces estaban ya encendidas y todo preparado para rendir culto á la diosa Terpsícore.

Sólo faltaba la presencia del egregio príncipe chino Tao-Kuang en honor del cual se daba la fiesta.

Pero éste no se hizo esperar, porque al poco rato apareció en la entrada de la calle, en un soberbio carruaje á la *grand doumont*.

El baile, pues, empezó enseguida.

El salón estaba deslumbrador. Adornado con ricos tapices y con infinidad de flores naturales; iluminado con profusión de luces, y aromatizado con ricos olores

del Oriente, el salón parecía un recinto de hadas ó una *parlita* de aquellos castillos encantados de las *mil y una noches*.

Y lo que más contribuía á darle este parecido era una lámpara de mérito indiscutible que había en el centro del salón.

Ante ésta lámpara se quedaron extasiados todos los concurrentes. Hasta el príncipe Tao-Kuang en un arrebato de entusiasmo, deslumbrado quizás por los diamantes y demás piedras preciosas, ofreció, al que le presentara en su palacio otra igual, darle la mano de su hija y más tarde la corona de su Imperio.

Como es natural, este ofrecimiento no podía cumplirse porque lámpara como aquella era imposible que la hiciera ningún fabricante, pero como á todos nos gustaría casarnos con hijas de príncipes y, lo que es mejor todavía, ser emperadores, se hicieron mil proyectos y cábalas, y por las mentes de algunos cruzó la idea de sustraer aquel objeto precioso.

Quien sería, no se sabe, lo cierto y verdad es que la última idea se llevó á cabo á los pocos días de verificado el baile.

Al notarse la falta todos los socios del Casino preguntaron por ella. El Rey, impulsado por éstos, dirigió fuertes exhortos á sus súbditos, y sin embargo nadie entregaba la lámpara al monarca español, ni tampoco al príncipe chino, hasta que un día (en 1809) al dirigirse un general (rey de Cuba) con su ejército, al encuentro de los franceses, la encontró cerca de la antigua Lárcuris (hoy Alárcos) cuidadosamente escondida en la choza de un labriego de aquellos alrededores.

El general ávido de gozo la llevó con permiso de su señor, el Rey de España, al príncipe Tao-Kuang, que la recibió con inefable placer, colmando á su portador de condecoraciones y regalos de mucho valor, y no le entregó

la mano de su hija la princesa Tüz-Hsi porque ésta había fallecido algunos meses antes.

Y aquí acabó la historia de *La lámpara codiciada.*

Un detalle. Después que la vieja hubo concluido su relación, rezó tres padres nuestros, y algún tanto animada me contó algunas historietas más, que algo desfiguradas por mi mala memoria, van á continuación.

# II.

## Aguas de oro.

María era la chica más bonita del valle del Guadiana. Hija de padres viejos y pobres, tenía que trabajar para ganarles de comer.

Su belleza corría parejas con sus virtudes.

Y sus virtudes eran tantas que con razón se podía decir que de las hijas de Adán y Eva era la más virtuosa.

Adoraba á sus padres, y este cariño tan puro como la azucena, prestaba aliento á la pobre niña para proseguir en su caritativa tarea de ganarles el pan necesario para el sustento.

Todos los días, al aparecer en el horizonte el primer rayo de luz, María se levantaba, se vestía, encomendaba las haciendas que iba á practicar á la Santísima Virgen, y después de arreglar una modesta merienda, se dirigía al cerco del ganado, quitaba la trampa, y con voz dulce y melosa, hacía salir á sus doce *vaquiñas* del alma, como ella las llamaba, para llevarlas al centro del valle.

Allí..... unas veces lloraba, otras se consideraba muy fe-

líz, otras dormía y otras se creía la mujer más desgraciada de la tierra, según la clase de cuentos que la noche anterior le había contado su querida abuelita.

Porque María, aunque era muy miedosa, tenía mucha afición á conocer aventuras y brujerías, y todas las noches mientras su abuela repasaba la ropa, ella la incitaba á que le refiriese algún *sucedido* de los tiempos antiguos, y la pobre vieja, considerando lo desgraciada que era su inocente nieta, la complacía siempre.

Un día, á mediados de Mayo, tal vez por la templanza del clima, María se levantó más temprano que de costumbre, y antes de ir á por sus *vaquiñas* se dirigió á la *Fuente milagrosa* á por una cántara de agua.

No bien había llegado al pié de la fuente cuando sintió un ruido extraño que la alarmó bastante, porque á dichas horas, por aquellos lugares, tan solo un silencio sepulcral había reinado siempre.

Volvió la cabeza, porque el ruido se aproximaba cada vez más, y cuál no sería su asombro al ver que de la espesura del bosque salía en dirección hacia donde ella estaba un arrogante mozo, vestido con rico traje y montado en excelente caballo, cual nunca hubieran soñado los sencillos moradores del valle del Guadiana.

Al pronto la bella María creyó que era una visión lo que acababa de ver; pero convencida de lo contrario comenzó á llorar, las piernas le temblaron, la cántara se le cayó de las manos y se hizo mil pedazos, la vista se le turbó, y de seguro hubiera caído al suelo la pobre niña, si el causante de todos aquellos infortunios no lo hubiera impedido apeándose del caballo y sujetándola con sus potentes brazos.

María, al verse en brazos de un hombre, ¡ella! tan casta y tan pura, que no había recibido más caricias que las de sus padres, ni había sentido en su pecho más amor que el filial; ¡ella! que jamás trató ni habló á ninguno más que al

autor de sus días, sintió un mareo que amenazó su existencia, y quedó víctima de un fuerte síncope.

El caballero, asustado de lo que estaba sucediendo y prendado de la hermosura de aquella sencilla aldeana, procuró reanimarla, y tras de breves minutos de martirio la jóven María volvió en sí, y quedó algún tanto tranquila al escuchar las palabras de consuelo que le vertía en el oído aquel generoso desconocido.

Cuando ya repuesta del todo, María se dió cuenta de lo que en su alrededor pasaba, dió las gracias á su compañero por los auxilios que le había prestado, y tímida como la gacela se levantó con ánimo de marcharse enseguida al lado de sus padres.

Sus intentos fueron vanos, porque aquel joven, que no perdió de vista ninguno de sus movimientos, comprendió que María se le iba para siempre, y queriéndolo impedir se le puso delante diciéndole:

—Encantadora aldeana no te marches de mi lado; dime cómo te llamas..... atiéndeme, por Dios te lo pido; yo soy un caballero y no faltaré á tu honor, pero contéstame á mis preguntas.

María, conociendo la sinceridad de aquellas palabras, le respondió con alguna turbación:

—Señor, me llamo María, soy hija de unos pobres moradores de este valle y me voy porque sin mí no comerían mis padres. Yo soy el único apoyo que tienen.

—Pues bien, hermosa María, hoy será el último día que trabajes para ellos. Tus padres serán ricos desde este momento. Yo te amo y quiero casarme contigo.

—Eso es imposible, señor, yo soy una pobre.....

—Ese no es motivo, María, la Providencia lo quiere, y si no escucha. Aunque soy primogénito de los duques de Tristamira, grandes de España y señores de la histórica posesión *Quitapesares*, nunca me gustaron las fiestas palatinas, ni los bailes, ni nada que oliera á etiqueta. Los en-

venenados dardos que me dirigían encopetadas damas jamás lograron su objeto. En una palabra, era excéptico, raro y á veces hasta imprudente, yo lo comprendía, pero como era mi capricho estaba contento.

Mis amigos, los pocos que tenía, me titularon misántropo, miságomo y misoginio.

Y con razón, porque ni la sociedad, ni la mujeres, ni el matrimonio me halagaban; sólo la caza, el campo y la soledad hacían mis delicias.

Un día mi padre me preguntó que si no pensaba casarme nunca.

Yo no le contesté, y comprendiendo el autor de mi existencia que mi silencio demostraba el disgusto que me originó su pregunta, quiso desenfadarme organizando para el día siguiente una magnífica cacería á nuestra hermosa posesión, con lo cual todos quedamos muy contentos.

Al efecto, aquella misma noche se distribuyeron las invitaciones á los amigos, y en las primeras horas de la madrugada nos hallamos ya distribuidos por el monte.

Como á mí me agradaba más ir sólo, no permití que nadie me acompañase, y guiado por la pasión y sin meditar los peligros que podía correr, monté en mi caballo. Al poco rato divisé una cierva, echéme la escopeta á la cara, disparé y la herí, pero como el inofensivo animal trataba de escaparse, metí espuelas á mi caballo y me puse en su seguimiento, ¡nunca lo hubiera hecho! pues el soberbio corcél se desbocó y rompiendo las bridas se fué por donde mejor le plugo, hasta que el cansancio le hizo parar.

Entonces pude arreglar las roturas del correaje é intentar volver al punto de partida; pero como no conocía el terreno, en vez de llegar á él, llegué aquí, á donde tú estabas.

Al verte, mi corazón palpitó más fuerte que nunca y sentí en mi pecho una pasión abrasadora por tí. Cuando

tú te quejabas, sufría yo también; en una palabra, lo que no habían podido conseguir hijas de duques y marqueses, conseguistes tú con tu sencilléz y mágica hermosura.

Aquí me tienes, pues, dispuesto á darte mi nombre, á casarme contigo cuando tú ordenes, porque desde este momento me constituyo en tu esclavo.

—Señor..... yo agradezco sus buenas intenciones, sus ofrecimientos, pero yo..... soy una pobre, adoro á mis padres y sin contar con ellos yo no puedo decidir nada. Complacer á V. en este momento sería un crimen que Dios castigaría con mano severa.

—Bueno, bella María, pues supuesto que tú no quieres dar palabra alguna sin ver á tus padres, consiento en ir á verlos, pero antes quisiera oir de tus labios que correspondes á mi cariño.

María, que también había sentido en su pecho una cosa extraña que le atormentaba al ver á aquel hombre, bajó los ojos y únicamente dijo señalando á la senda:

—Cuando gustéis..... podremos partir.

—Enseguida—le replicó él.—

Y acto contínuo los dos jóvenes se pusieron en camino de la humilde choza que servía de vivienda á la familia de María.

Cuando llegaron á ella, el sol más brillante que nunca daba de lleno en sus blancas paredes, y los ruiseñores, saltando en los árboles inmediatos, entonaban sus mejores cánticos.

Los pobres ancianos, agenos á la dicha que les esperaba dormían aún.

Llamados por María se levantaron enseguida, y enterados del suceso consintieron en el matrimonio, si ella era gustosa, y con la sola condición de que el pretendiente tenía que consultarlo antes con sus padres.

María, con lágrimas en los ojos, dió por fin el ansiado *sí*, y su joven futuro, lleno de dicha y de gozo, cumpli-

mentó inmediatamente lo pedido por los que más adelante serían sus suegros.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Ahora, retrocediendo un poco, como dicen en las novelas, veámos lo que pasaba en la hermosa posesión de *Quitapesares*.

La desaparición del primogénito de los duques se notó enseguida, y todos los invitados, alarmados por aquel desagradable suceso, se distribuyeron por diferentes sitios en busca del joven Enrique.

Imposible describir las mil peripecias y escenas cómicas que con este motivo tuvieron lugar.

Algunos, creyéndolo víctima de los lobos, se introducían en las guaridas de éstos, ocurriendo muchas veces lo que fácilmente puede imaginarse.

En fin, todo era alarma y disgusto entre los invitados, hasta que á las cuatro de la tarde, próximamente, tres prolongados toques de bocina que dió uno de ellos, anunció á los demás que el noble Enrique se encontraba sano y salvo.

En efecto, nuestro héroe había llegado ya á la casa de sus padres, y después de los saludos y consuelos de rúbrica, les refirió una por una todas sus aventuras, terminando con la más grata para él, la de María, que ya conocen nuestros lectores.

El padre, al oir esta última se quedó medio muerto de disgusto, y aconsejó á su hijo que desistiera de ella, porque no estaría bien visto que un futuro duque se casara con una humilde aldeana; pero Enrique, en vez de retroceder apretó más las clavijas, como vulgarmente se dice, y el duque no tuvo más remedio que dar su consentimiento.

El joven Enrique, después de abrazar á su padre por lo

felíz que le había hecho, montó en su caballo y acompañado sólo de un criado, partió á comunicar la buena nueva á su adorada María.

El primogénito de los duques de Tristamira iba entusiasmado del resultado de sus gestiones amorosas. En una palabra, era tanto el gozo que inundaba su alma, que desde luego se creyó el sér más dichoso de la tierra.

Pero como en este mundo la felicidad dura tan poco, sucedió..... lo de costumbre, es decir, que á la felicidad siguió la desesperación, y nuestro joven Enrique fué en breves momentos víctima de este brusco cambio de cosas.

La causante de estos nuevos infortunios fué la abuela de María, que al verlo le dijo:

—Señor D. Enrique, mi nieta ya no se puede casar con usted.

—¿Por qué?—le replicó él.—

—Porque esta noche, entre sueños, se me ha presentado un angel del cielo y me ha dicho que si María se casa con el primogénito de los duques de Tristamira, será muy desgraciada, y me ha aconsejado que de ningún modo permita este matrimonio, sin que antes esas aguas del río Guadiana que bañan esta casa, se conviertan en aguas de oro. Así pues, vea si esto le es fácil hacerlo y entonces conseguirá lo que desea.

Enrique, lleno de rabia por este nuevo obstáculo que se le presentaba en su camino, se quedó pensativo.

. . . . . .

Como fué, no se sabe, lo cierto y verdad es que á los dos días lo pedido por la abuela se cumplió también, y los héroes de este cuento, Enrique y María, se unían para siempre con el indisoluble lazo del matrimonio.

Lo que después pasó por sabido se calla.

Las crónicas dicen que fueron muy felices.

Y según algunos maliciosos aseguran, hicieron, tanto ellos, como sus padres y la abuela, un negocio tan redon-

do con las aguas que, al pié de la modesta casita que por tantos años habitaron, mandaron colocar sus descendientes una lápida conmemorativa que decía:

**LAS AGUAS Y EL CINISMO SON ELEMENTOS DE RIQUEZA.**

# III.

## ¡Nieve y carbón!

Acababa de llegar el tren correo de Madrid.

Eran las cinco de la mañana.

El día amanecía nublado y el frío que reinaba era tan intenso que nadie se atrevía á desafiarlo separándose de las deliciosas mantas de la cama.

Y los que por obligación tenían que hacerlo, temblorosos de miedo ante enemigo tan formidable, se embozaban hasta los ojos, para no ser víctimas de sus locuras.

Muchos viajeros no quisieron bajarse de sus coches.

Los mozos de estación no anunciaron la llegada del tren, y el fondista, acurrucado al lado de la estufa, dormía como un bendito.

En el paseo de carruajes, sólo había una galera de campo, y en el interior de la galera una señora vestida de negro.

Al poco rato dos hombres, con otras tantas maletas y bien abrigados, hacían compañía á la dama.

El coche partió al instante con dirección al monte de Piedrabuena.

Y nosotros, merced á la protección del dios Eolo, pudimos seguirlo y comprender enseguida lo que al principio nos parecía tan misterioso.

La cosa era sencilla y natural. Aquella señora había ido á la estación á esperar á su marido y á un cuñado, (que como nuestros lectores habrán comprendido eran los de las maletas) y ya juntos los tres decidieron sorprender en su *quinto Especial* á una partida de cazadores amigos que se encontraba en él.

El acuerdo se cumplió, y á las dos horas la puerta principal de la casa era golpeada por los citados viajeros.

Los de adentro, creyéndolos ladrones, no quisieron contestar al pronto, pero á los pocos momentos, cuando se convencieron de quienes eran, franquearon el paso.

Al rededor de una gran lumbre celebraron todos la visita y convinieron, para festejarla, que aquel día no se fuera al pueblo inmediato por comestibles, pues cada cual sólo debía de comer lo que matara.

A todo esto el frío iba en aumento, y algunos copos de nieve empezaron á caer sobre la tierra.

Nuestros cazadores, sin embargo, no se apuraron, y á las ocho en punto cada uno andaba ya por su sitio, con su escopeta, su saquito de carbón y un pedazo de pan.

Al despedirse de la dueña de la casa, ésta, teniendo en cuenta la temperatura que reinaba y dando pruebas de tener un corazón generoso, dió á cada cazador dos mantas, una para él y la otra para cualquier desgraciado que en medio del monte se encontrara sin recursos.

. . . . . .

. . . . . .

Eran las diez de la mañana.

La nieve caía con abundancia.

Desde la separación de nuestros héroes, habían pasado dos horas, y sin embargo ninguno de ellos había disparado aún su escopeta.

La señora, alarmada por aquella quietud, se disponía á tocar la bocina para llamarlos, pero al intentar hacerlo sonaron cuatro tiros consecutivos en el puesto del Norte.

Todos al oirlos comprendieron que algo grave había pasado, pero ninguno se quiso molestar en averiguarlo.

Solo la dueña de la casa, con una entereza impropia de su sexo, se puso en camino del precitado puesto.

Cuando llegó á él un cuadro desgarrador, horroroso, se presentó á su vista.

Su marido, que era el cazador que había dado la señal de alarma, se encontraba arropado con las dos mantas, y—según él decía—muerto de frío; á unos veinte pasos, tendido en el suelo con el rostro y las manos amoratadas, la boca horriblemente contraída y unos cuantos carbones á su lado, se hallaba un pobre leñador.

Aquella noble señora, creyendo que este infelíz aún tendría vida, quiso socorrerlo con una manta de su marido. Por desgracia era tarde; el infortunado jornalero había dejado de existir momentos antes.

La mujer de mal talante interrogó á su marido, quien sin inmutarse siquiera le dijo, que, efectivamente vió con vida al leñador, pero que no pudo darle ningún abrigo, porque como hacía tanto frío los necesitaba para sí.

La caritativa señora no le volvió á preguntar, y llorando se dirigió á la casa; y el miserable cazador refunfuñando entre dientes se quedó diciendo:

—La caridad bien entendida empieza por uno mismo.

¡Cosas del mundo! Aquel desgraciado que tenía al lado su salvación murió. ¿Y cómo? teniendo nieve por cama y carbón por cabecera.

¡Nieve y carbón!..... ¡Blanco y negro!

Los colores de la muerte.

. . . . . .

. . . . . .

El tiempo pasaba con pasmosa rapidéz.

Eran las cuatro de la tarde.

Los cazadores desfallecidos por la falta de alimento y temblorosos de frío, regresaron á la casa.

Cuando llegaron á ella la encontraron desierta.

La señora y los criados habían desaparecido.

Los cazadores se miraban unos á otros sin explicarse aquella desaparición.

Ellos la creían difícil y sin embargo era muy fácil.

La noble señora contó á los criados lo sucedido y todos convinieron en avisar al pueblo inmediato para que dieran cristiana sepultura al desgraciado leñador.

Los criados partieron á cumplimentar el acuerdo y la señora entre tanto montó en su carruaje y se dirigió á la ciudad.

Cuando llegó era ya de noche, las farolas estaban encendidas y el tren correo se disponía á partir.

Sin perder momento se dirigió á la estación y tomó un billete de primera para Madrid.

Como la Corte le aburría, marchó después á las provincias del Norte y desde allí al extranjero.

Pocos meses después se ignoraba su paradero.

A todo esto el marido sin hacer caso de su mujer, daba, bajo el lema de la caridad, varias fiestas que le proporcionaron pingües ganancias para su bolsillo.

Veinte años después los periódicos de Rusia daban la noticia de que en el manicomio de Palowna había fallecido una española que durante el tiempo que residió en la casa de salud estuvo furiosa y sólo se le oyó decir:

—Dad mantas á los pobres..... esta nieve me mata, este carbón me quema..... socorredme.....

Aquella infeliz era la caritativa señora que ya conocen nuestros lectores.

# IV.

## Amparo.

¡Qué mujer!

Siempre que la recuerdo siento en mi alma la amarga melancolía que produce la dicha perdida.

Las esculturas griegas y romanas, aquellas que inmortalizaron á Fidias y Pradié, únicamente podrían compararse con las formas estatuarias de aquel cuerpo inolvidable.

Alta, esbelta como la más gallarda palmera, rubia como la Venus del Tiziano, y hermosa como un cuento de Becquer, Amparo, más que criatura humana, parecía un angel del cielo.

Su andar era gracioso; y su boca exhalaba célica fragancia, cuando sus labios, formados por dos líneas de raso grana, se entreabrían para enseñar la joya más preciada de aquel contorno: la diminuta dentadura.

¿Y sus ojos? Rasgados y del color de los celos, eran dulces y vivos.

En una palabra, el todo de aquella mujer era el modelo más acabado de la perfección y la belleza.

Y sin embargo, Amparo desde pequeña empezó á ser desgraciada.

A los quince años de edad, cuando el capullo de su hermosura se iba dando á conocer, Amparo se puso novia con un chico muy apreciado por sus portes y modales distinguidos.

Los jóvenes se amaban con esa pureza y pasión que predomina en el primer amor, con ese entusiasmo propio de los pocos años.

¡Ilusiones de la juventud! La felicidad les duró breves horas, porque los padres de ella se enteraron y al momento hicieron romper aquellas relaciones.

Amparo comenzó á sufrir.

Pero sus padres, sin tener en cuenta la causa de estos sufrimientos, la casaron tres meses después con un *ricacho* de pueblo, antipático y viejo.

Amparo se casó á disgusto.

Y como era natural, después ocurrió..... lo que es fácil presumirse.

Sus adoradores se contaran por docenas.

Y todo lo que tenía de mujer honrada lo perdió en un instante.

. . . . . .

Era el mes de Junio de mil ochocientos.....

Los rigores del verano hacían insoportable la vida en la ciudad de A.

Amparo, de acuerdo con su esposo, dispuso la preparación del equipaje para trasladarse, ella á la quinta de recreo, y él á Mondariz á reponer su quebrantada salud.

Los dos partieron á la vez, y la despedida que se hicieron fué tan tierna y cariñosa, que cualquiera hubiera creido que aquellos dos séres se adoraban.

Cuando Amparo llegó al término de su viaje hizo enseguida las invitaciones de costumbre á sus amigos y..... *predilectos.*

Preparó un gran programa de las fiestas que se habían de celebrar.

Las *soirees*, juegos de confianza y giras abundaban.

Bien es verdad que la quinta no podía ser más á propósito para esta clase de diversiones.

Situada en las orillas del Júcar y resguardada por infinidad de árboles, en ella se encontraba de todo lo que es factible tener en el campo. Monte accidentado, con sus olores á tomillo y mejorana; tierras de labor; bosques de pinos; multitud de álamos; tres casas, estilo Luis XVI, con dobles escalinatas, ventanas árabes y tejados de pizarra; palomos y gallinas de variados colores y castas; molinos de viento en el picacho del cerrete; un estanque y á su pié gigantescos almendros.

En el interior de las casas existían cómodos divanes, ricos pebeteros, alfombras de seda y, por fin, hasta deliciosos *nidos de amor*.

En una palabra, la quinta parecía por su belleza y por los escándalos que en ella tuvieron lugar una segunda *Torre de Nestle*, en donde Amparo representaba el papel de Margarita de Borgoña.

Durante quince días los servidores de la quinta no descansaron un momento.

Las escenas vergonzantes se sucedían unas á otras.

Aquello era un *delirium tremens*.

Por fortuna el marido llegó pronto, y con su llegada terminaron todas las fiestas.

Los primeros días estuvo tan amable como siempre con su esposa; pero poco después, enterado por anónimos de todo lo que pasó durante su ausencia, decidió vengarse de su mujer, reuniendo á los amigos un día y diciéndola delante de ellos, con una sequedad que aterraba:

—Por ingrata, traidora y perjura, márchese V. enseguida de mi casa.

Después de cumplirse su mandato, el viudo por fuerza dió las gracias á los que habían presenciado aquella escena y se retiró á sus habitaciones.

Cuando los padres de Amparo recibieron la noticia, derramaron abundantes lágrimas, pero para castigar la deshonra que sobre ellos caía, acordaron no volver á pensar en que tenían tal hija.

A todo esto la pobre y desgraciada Amparo, víctima de la ambición de sus padres, anduvo errante algunos años, gastando su salud y recibiendo muchos disgustos y poco dinero. Apenas el necesario para el sustento. Quiso meterse en un convento, pero como carecía de dote no pudo conseguirlo.

Y así, de este modo sufriendo y pagando con creces las faltas que cometió, vivió Amparo algunos años más.

Su fin fué terrible. Pálida, con los pómulos salientes, los ojos vidriosos y el pelo blanco; flacucha y andrajosa; odiada de la sociedad; repugnada de sus antiguos amantes, y escupida hasta de sus mismos servidores, Amparo tuvo que ingresar en el Hospital porque las fuerzas le faltaban y ya, ni aún pedir limosna podía.

Allí, aunque los consuelos de las hermanas de la Caridad no le faltaron, Amparo sufría mucho, cada vez más; aquella mujer tan bonita y codiciada en otros tiempos, quedó horrorosa y desconocida.

La enfermedad seguía minando la existencia de Amparo, y por fin, á las nueve de la noche del 15 de Agosto, cuando las campanas y músicas celebraban los días de Nuestra Señora, aquella desgraciada mujer, sola, sin recibir el último adios de sus padres..... ni el perdón de su esposo, espiró con muchísimos remordimientos, y el corazón frío como la planta que falta de calor muere entre los helados cierzos del invierno.

¡Pobre Amparo!

# V.

## El amante de la monja.

El 24 de Agosto de 1891 el *espleen* me dominaba.

Una languidéz terrible consumía mi cuerpo.

Hasta la lectura, mi placer favorito, me aburría.

A las diez de la mañana dos amigos quisieron que fuera á la corrida de toros que por la tarde tendría lugar en Almagro.

Otros me convidaron á una gira campestre.

Todo fué inútil; el aburrimiento iba aumentando, y una tristeza sin causa justificada parecía querer acabar con mi existencia.

Por fin, en un arranque de energía marché á la estación á ver si con el bullicio de los expedicionarios me animaba un poco.

En la puerta de salida que dá al andén me encontré con un querido doctor, y al momento le pregunté si tenía algún remedio para curar mi *espleen*.

—Lo tengo y tan bueno—me contestó—que se cura de raíz.

—¿De verdad?

Y el doctor por única respuesta aseguró, que cuando se marchara el tren me convencería.

Efectivamente, á los pocos momentos un mozo daba la voz de alerta á los viajeros, el silbato de la locomotora dejó escapar su agudo sonido y el tren se puso en movimiento enseguida; los andenes se despejaron y nuestro amigo, cumpliendo su palabra prometida, me curó de un modo encantador aquel aburrimiento fatal.

En el jardinillo de la fonda, dentro de un frondoso cenador, mandó colocar una mesa y varias copitas de *vermouth* para *hacer boca.* Después llamó al fondista y le dijo que preparase un almuerzo excelente y que no escatimara gasto alguno. El fondista cumplió bien, porque á los pocos momentos nos sirvió de una manera admirable *Hors d' avres, Homelette aux champignons, Filet d' boeuf á la jardiniere, Homard á la Bordelaise, Jambon á la Gelee, Baba á la Dalambert* y frutas; vinos de *Bordeaux* y Valdepeñas, pan de Cea y algunas otras cosas más que en este instante no recuerdo.

Durante el almuerzo, el doctor estuvo tan chispeante como siempre, y cuando concluimos me dijo:

—Este es el remedio que yo doy á los que tienen *espleen.* ¿Se ha convencido usted de su eficacia?

—No sólo me he convencido de su eficacia—le contesté—sino que estoy muy agradecido á usted, amigo doctor, por habérmelo dado tan á tiempo.

Porque la verdad es que el remedio dió un resultado excelente.

El doctor se alegró de mi mejoría, y acto contínuo llamamos al mozo, le dimos el importe del almuerzo, y cuando nos disponíamos á marchar, se presentó en la puerta del jardín un cliente de mi amigo que nos hizo retroceder

porque tenía empeño en convidarnos á beber *Champagne*. Por no disgustarle aceptamos su ofrecimiento y nos volvimos al cenador.

Mientras consumíamos el rico licor la conversación versó sobre cuestiones de actualidad. Al tratar una de ellas el forastero me preguntó si era cierto que pensaba publicar un libro de historietas manchegas.

—Tan cierto —le repliqué— que ya existen algunas en prensa.

En ese caso voy á darle á usted varios pormenores de ciertos sucesos antiguos, por si los quiere aprovechar para alguna de ellas.

Y en efecto, el hombre me los dió, siendo todos tan notables y *vivitos*, que le prometí consignarlos en mis apuntes.

Después hablamos de otras cosas, y por último nos refirió, al doctor y á mí, con gran abundancia de datos, una historia poco conocida que relato á continuación, desfigurándola cuanto puedo por que aún existen personas interesadas.

. . . . . .

. . . . . .

Algunos meses después de triunfar la gloriosa revolución del 68, profesó en uno de los conventos establecidos en C..... una novicia, hermosa manchega que pocos años antes, (cuando aún estaba fuera del convento) había hecho furor entre sus paisanos, por su mágica belleza y modales distinguidos.

Contrariedades de familia, disgustos de antaño y *lios* de mala estofa fueron la causa principal de que la hermosa joven, desoyendo los galanteos de unos y otros, y pensando sólo en Nuestro Señor Jesucristo, ingresara con gusto y hasta con entusiasmo en l.....

Pasaron dos años, y ya nadie se acordaba de ella, cuando se supo la noticia de que había profesado.

Y como el amor y el egoismo son terribles, sucedió entonces una cosa muy singular. Uno de sus antiguos pretendientes, viendo frustrados todos sus planes, quiso perjudicarla inventando mil cuentos, que pasado algún tiempo hicieron su efecto.

Todas las noches, cuando precisamente había más transeuntes por aquellos barrios, él rondaba la calle del convento; y casi todos los días en reuniones solía contar sus aventuras nocturnas y hasta los medios de que se valía para introducirse en la celda de su *amante*.

Algunos, los más incautos, lo creyeron; pero otros, la generalidad, comprendieron desde luego que lo dicho por aquel hombre era sólo con ánimo de perjudicar á la monja.

Una tarde nuestro *héroe* se encontraba en el casino formando corro con varios amigos, cuando llegó uno que le preguntó:

—Vamos, ¿y anoche que tal se dió la pesca?

Todos se echaron á reir comprendiendo la malicia que encerraba la pregunta, pero nuestro *héroe*, sin inmutarse y con la tranquilidad de un virtuoso, le contestó:

—Como siempre. Por cierto que anoche me ocurrió un lance que pudo traer desagradables consecuencias. Llegué á la puerta del convento, hice mi seña de costumbre y al momento se me franqueó la entrada. Entonces encendí mi linterna y con ella en la mano atravesé la primera galería y al hacer lo propio con la segunda, una corriente de aire apagó la luz que me guiaba; busqué en mi bolsillo las cerillas y no las encontré. Desesperado por el incidente decidí subir á tientas la escalera, pero al llegar al primer descanso tropecé con varios cristales que se hicieron mil pedazos, produciendo un ruido infernal. Acobardado y nervioso por este nuevo contratiempo quise volver atrás; pero apenas había llegado al tercer tramo, las voces de las monjas y la campana del convento me anunciaron la

alarma que existía en todo el edificio. Entonces pensé quedarme si encontraba un refugio donde no fuera visto, y por casualidad lo hallé en una alfombra enrollada que había en un rincón de la galería..... Poco después la calma volvió á reinar en el convento, y yo..... pude aspirar el aire puro de la calle.

Al llegar á este punto nuestro *héroe* se bebió una copa de agua como para dar más significación á lo que había contado, y dió por terminada su aventura.

La reunión se disolvió, y los contertulios se marcharon á sus casas, comentando cada cual á su manera la osadía de aquel hombre.

. . . . . .

. . . . . .

El tiempo pasaba, y los *lios* continuaron; el cinismo del *héroe* iba en aumento; las cosas se fueron agravando; los periódicos tomaron cartas en el asunto; la opinión pública pedía exacta averiguación de los hechos, y el Obispo no tuvo más remedio que instruir un expediente, del cual no resultó nada para la pobre monja; pero como la alarma cundía, el reverendo Prelado consultó el caso con el Papa, y la infortunada religiosa fué expulsada del convento.

Cuando salió de él, así que se hubo enterado de la causa que había motivado su expulsión, buscó á su infame detractor, y después de afrentarlo delante de numerosas personas, le prodigó una paliza de padre y muy señor mio.

El apaleado se fué á su casa, y la monja, satisfecha de haber cumplido con su deber, desapareció del pueblo.

Nuestro *héroe* no volvió á contar cosas que no habían pasado.

Y según dicen las *crónicas*, por algún tiempo estuvo verdaderamente arrepentido.

Por desgracia fué poco, porque á los tres meses nuestro hombre volvió á las andadas. Su maldad aumentó; y ya no sólo era malo con las monjas, sino también con los pobres.

El *infeliz* se metió á prestamista; y *dando* dinero al noventa por ciento mensual, consiguió hacer en breves años un fortunón de primera fuerza, que le proporcionó una corona ducal, bonitos coches, excelentes caballos y muchas cosas más que sólo pueden tener las personas que pertenecen á la alta aristocracia.

En una palabra, nuestro antiguo *héroe* debía estar tan satisfecho con su nueva suerte, que olvidando lo miserable que fué siempre, socorría con esplendidéz á los pobres y hasta mandó construir un asilo para los imposibilitados.

. . . . . .

. . . . . .

Llegó el año mil ochocientos.....

El nuevo duque se encontraba ya en Madrid.

Las *soirees* más lujosas se celebraban en sus salones.

Los hombres más caracterizados en la política y en la banca, se disputaban su amistad.

Aquél intitulado amante de la monja, había logrado sus deseos.

Era felíz.

Pero como Dios dicen que castiga sin palo ni pedrada, la felicidad le duró poco tiempo.

Su ambición le mató. En una jugada de bolsa quiso doblar su capital y vino la contraria.

Nuestro hombre perdió todas sus riquezas.

Triste y desolado tuvo que volver á su antigua residencia, y allí, odiado de todo el mundo, achacoso y enfermo, pasó el resto de sus días.

Su fin fué terrible.

Momentos antes de morir leía en los periódicos de Madrid la siguiente noticia:

"Para el próximo otoño, un distinguido capitán de artillería contraerá matrimonio con aquella célebre monja que fué expulsada del convento por las infamias de un detractor, y que luego ha demostrado ser la mujer más virtuosa de la tierra.„

FIN